

EL SEÑOR QUE SUEÑA CON AMAR

Ana María Puerta Castrillón

Gestora cultural.

Sábado, 2:15 p.m., parque de Envigado.

El parque está lleno de personas, algunas lo cruzan, otras se sientan en las bancas junto a las fuentes o en las escaleras del atrio de la iglesia; familias, novios, niños y amigos llenan de ruido, color y movimiento el lugar. Los venteros van de un lado a otro, hay paletas, obleas, burbujas, merengones, mango biche, gelatina negra y blanca, carritos de mercado con todo tipo de objetos, desde controles de televisor hasta papalotes, se escucha el ruido de los carros, los frenos de los buses, los gritos de los niños, las risas, los ladridos de perro y el aleteo de las palomas. Huele a crispetas.

De repente una bomba desinflándose con un agudísimo sonido pasa por el aire.

El sol con su luz amarilla de tarde ilumina los cabellos, y se siente un calor que abraza la piel. En la mitad de la parte alta del parque un hombre de estatura pequeña y delgado, de camisa turquesa y pantalón café, desmenuza un pan y lanza los pedazos al piso; está rodeado de palomas; dos niñas juegan entre las aves, una de unos dos años, vestido de rosas, moño azul en la cabeza y zapatos rosados, camina balanceándose y sonríe; la otra también sonriente, viste camisa anaranjada y falda de blue jean, tendrá unos cuatro años. Ignoran al hombre que alimenta las aves, quien las mira con una altísima dosis de ternura, sonríe, da la impresión de que también él quiere ser niño para jugar y reír con ellas. Un señor pasa vendiendo gelatina, el pan se acaba, las niñas cambian de juego y el señor se queda —con las pocas palomas que rebuscan las últimas sobras que hay de pan en el piso— mirándolas con sonrisa tranquila.

Necesitamos personajes; usamos nuestra creatividad para generar seres e historias, novelas, libros, películas, nos hacen falta para identificarnos y enamorarnos. Lo nocivo es una dependencia generalizada de estos tiempos a los artefactos que nos cuentan las historias, la pantallas, los libros, las radios; desde que las historias se empezaron a vender, olvidamos que todos somos una historia; usted, su madre, su vecino, el desconocido con el que se cruzó esta mañana, todos por existir en este absurdo mundo y tener una vida podemos ser los protagonistas de las más bellas narraciones; basta observar con humildad en la realidad, cada uno es el mejor personaje desde su palabra y sus recuerdos.

Yo quiero contar a un personaje real, que si bien no es un actor, un genio o un matón, tuvo la magia de lo innombrable para que no pudiera despegarme del papel hasta dejar en él las palabras que pudieran dibujarlo para que usted lo conozca.

Lo encontré porque lo delató una bandada de palomas que cruzaron volando el parque de Envigado; el golpeteo de sus alas con el aire y la visión de sus decenas de almendrados cuerpos sobre mi cabeza atrapó mi atención, y las seguí hasta su lugar de aterrizaje. En la parte alta del parque se encontraba él rodeado de las tropas de palomas violentas y hambrientas, amontonadas luchando por un mendrugo de comida que bien podrá ser confundido con cualquier sobra que encontrarán sus picos, en un mosaico de plumas grises, negras, tornasoladas y blancas, que en tan colorado acercamiento se confunden entre sí, y de repente una cabeza blanca de ojos anaranjados podía tener un cuerpo negro, revolcándose entre sus plumajes sucios; las más osadas cruzaban la masa pasando sobre las cabezas de sus semejantes, picoteando a diestra y siniestra. Al verlo, su presencia me evocó a un niño de ocho años introvertido, de los que se ponen muy nerviosos cuando tienen examen; le hablé visualizando a ese niño y no al hombre adulto que tenía al frente; tal vez por eso me respondió el saludo con una sonrisa limpia, a pesar de la desconfianza que revelaban sus gestos. A las pocas palabras que intercambiamos pude distinguir un ser inseguro y nervioso, de mirada tímida y esquiva, con un tic semejante al de los perritos que decoran los tableros de algunos taxis, a los que la cabeza les oscila infinitamente, de piel amarillenta y un tinte de nostalgia en los ojos que acentuaban su imagen vulnerable.

Tiene 56 años y actitud alerta, camina dando tumbos, los hombros hacia delante, las puntas de los pies ligeramente hacia fuera, las rodillas juntas, 1,65 de estatura, cuerpo y rostro muy delgados, cabello oscuro, corto y abundante, pómulos muy marcados, espalda angosta, la cabeza balanceándose e inclinada hacia abajo, como si sobre la parte alta derecha algo pesara y no le permitiera mirar arriba, primero mira el ojo izquierdo y luego el derecho. Tal vez, aunque en apariencia ambos ojos son iguales, el izquierdo desde que nació vio con más nitidez que el derecho. Lo que más capturó mi atención fueron sus ojos, las pupilas se agitaban sin descanso y resaltaban el movimiento sus particulares iris, cafés-claro en el centro y un claro-verde agua hacia afuera que se difumina luego con el blanco del globo ocular. Se llama Marco Antonio.

Cuando se escribe la historia de alguien es indispensable darle permiso de que sea él quien ponga lenguaje a su vida —con las palabras de Marco Antonio parto al mundo de sus recuerdos, el tiquete de salida son más palabras, algunas sonrisas y el descubrimiento de que cuando está cómodo las pupilas calman la vibración y se relajan en sus ojos.

Aterrizamos en Bucaramanga, él tiene ocho años y seis hermanos; va a la tienda del barrio, hace las compras para las que fue enviado y vuelve a su casa a darle los vueltos completos a su madre, que desde allí le enseñó a ser honesto y humilde, y hoy afirma esa humildad como única forma de amar, y a través de esos ojos claros que él tiene es fácil encontrar, si uno se concentra y enfoca concienzudamente con el ojo izquierdo, un corazón rebosante de amor infantil latiendo con la fuerza de unas pupilas nerviosas, un corazón de niño que expande por un huequito llamado fistula.

Me presenta a su padre, de quien aprendió el dar, el compartir:

—No importa que a uno le digan bobo, acá nos han enseñado que si no se abusa de la gente, si no se gana algo por cualquier cosa que haga, estoy perdiendo el tiempo —dice que si alguien necesita un producto de lo que él vende y no tiene dinero para pagarle, sin esperar un peso a cambio él se lo regala.

—Si yo puedo, ¿por qué no lo voy a hacer? la gente me dice bobo, pero yo sé que eso no es ser bobo; entregar, dar, amar, no es ser bobo, lo que pasa es que la gente está enferma, son muy “del mundo”. Y creen que regalar es de bobos, pero así no es, lo que pasa es que la gente no ama y por eso no es capaz de dar con el corazón —remata su postura con esta frase que dice como si fuera de su familia, como si cada mañana se la dijera frente al espejo—. La gente no ama, por eso no es capaz de dar con el corazón.

Ahora, después de dos cafés, aterrizamos en su Navidad con sabor a vino y galletas, que llevaba a casa su padre en la fiesta roja y verde, para la familia, los amigos y las visitas, está reunido con sus seis hermanos, sus abuelos, y sonríen al calor de la fraternidad. En un aterrizaje forzoso vuelve a la mesa del café en que nos encontramos, y su recuerdo envinado se desmorona; ni ese padre dadivoso, ni su corazón noble, le dieron una Navidad en compañía por siempre; cuenta que el año pasado se acostó a las diez de la noche, después de ir a misa, porque en esta ciudad no tuvo con quién compartir la nochebuena. Ahora no sonríe, de estar sentado a la mesa con vino, galletas y amor y familia, pasó a estar en su habitación, acostado en la cama con los ojos cerrados recordando las galletas, alguna risa, tal vez hasta su camión metálico lleno de piedras rodando lomas abajo, regalo de su padre en alguno de los diciembres que de niño pasó con él. De esa soledad nace la nostalgia que se le quedó en los ojos.

Aterrizados en el café, me cuenta sobre la “fistula”; así la llamaron los médicos; es un canal anormal que comunica la cavidad donde antes estaba su pulmón con el exterior, está ahí hace cuatro años, y aunque la lógica diga que debería resultarles considerablemente incómoda, su caso es diferente. “A veces me duele en las curaciones, cuando el enfermero tiene mano dura, pero así normal, nunca me ha dolido nada, Dios siempre me ayuda”.

Más que la falta de ese pedazo de carne, siente las ausencias; él no es un hombre amargado, es más bien inseguro e introvertido; lo he visto emocionarse contando historias, recordando, imaginando, mirando el sol, y lo invade una expresión de añoranza cuando rememora épocas de compañía y alegría; en sus recuerdos más preciados de los tiempos sin soledad está la fiesta de cumpleaños de su sobrino, hace más de veinte años; en ese tiempo había menos miedo y pudo ser recreacionista de los niños que había allí; sonrío con nostalgia. Hay una característica en Marco Antonio que nunca está presente en seres amargados: ama los niños, y aunque hoy le atemoriza compartir con ellos, por un qué dirán involuntario, le despiertan la ternura y le colman de alegría; me confiesa que una de las razones por las que les regala pan a las palomas, no es otra que para hacer felices a los niños que tanto se divierten caminando entre las aves. Me cuesta imaginarme al hombre tímido con el que comparto este sol dirigiendo los juegos de unos niños ansiosos.

Recuerda a todos los niños tímidos que ha conocido en su vida, entre inocentes, ingenuos y tiernos; hay en Marco Antonio algo de cada uno de ellos, y el pulsante deseo de no ser molestia, de ser oportuno y despertar amor.

—Cuando yo siento que ya alguien no me quiere, que le molesto, prefiero irme, así yo lo quiera, porque a mí no me gusta molestar a nadie; más bien, si quiere, que me busque, pero me siento muy mal siendo estorbo.

Asiste a misa si le es posible todos los días, usualmente a la iglesia de La Candelaria en el Parque Berrío; eso sí, se va temprano porque no encuentra seguro caminar de noche por el centro, ni menos por la pensión, que queda en el barrio Prado Centro; ya dos veces han intentado robarle; y aunque no han podido, prefiere evitarse el susto; los martes va a la misa en la iglesia de Sabaneta, después o antes de cumplir su cita con las palomas de Envigado; también asiste a cenáculos (grupos de oración a la Virgen María), y ora largamente antes de irse a dormir.

Se consagró en ritual primero a la Virgen María y luego a la Preciosísima Sangre; saca de su maleta una bolsita con dos libros, la abre sobre la mesa después de limpiar las harinas, saca el libro de la consagración a la Virgen María y el de la consagración a la Preciosísima Sangre; en el de la virgen hay unas manchas café claro en la pasta, y sus hojas están arrugadas y sucias; en cambio, el libro de la “Preciosísima Sangre” está impecable; la bolsita la empezó a usar un día que un líquido en su bolso le ensució su libro de la virgen. Me muestra ambos libros como se muestra algo preciado, con sutileza; los toma en sus manos limpias cual si fueran muy delicados, me deja ver sus páginas. Después de limpiarles la pasta blanda con una servilleta que quedó sobre la mesa, los guarda en la bolsita, la cierra en un movimiento rápido y vuelve a introducirla en su bolso.

Marco Antonio comparte conmigo algunas fotografías que guarda para ilustrarme sobre su pasado, las saca de la cajita de sobrecitos energizantes que siempre lleva consigo para la venta. Me muestra una en la que está joven, con los ojos igual de brillantes pero más oscuros, el pelo largo al estilo de los ochenta —igual de abundante—, rostro pulido, nariz recta, labios definidos y grandes, bigote —más poblado que ahora—, el ojo izquierdo siempre mirando primero que el derecho, la espalda un tanto encorvada, los hombros unos grados hacia delante. Levanto la mirada y veo al frente mío al adulto de 56 años que mira al joven de dieciocho recién graduado del colegio, se saludan. El adulto le pregunta cómo se siente tener completo el costado derecho del cuerpo, cómo se siente tener pulmón derecho, respirar profundo y sentir los dos lados del cuerpo llenos de aire, le pregunta cómo se siente tener los domingos sin ir al hospital, le pregunta quién era cuando no había llorado en la noches ni en las calles solitarias, quién era cuando no se iba a dormir solo en las navidades, quién era cuando no había caminado todo un día vendiendo sobrecitos sin conseguir un solo cliente, quién era cuando fue recreacionista en la fiesta del sobrino, cuando no tenía tanto temor de la gente, cuando no se avergonzaba con tanta facilidad, quién era cuando no había tosido sangre. El joven le mira y le señala el corazón.

Cambiamos de foto, una más pequeña y vieja, a blanco y negro, de unos 10 x 8 cms., divertida y clásica, la hermana de siete años tiene un vestido arriba de las rodillas e incomodidad en el rostro, el hermano de nueve mira a la cámara con una sonrisita picarona, y Marco Antonio de seis, de medio lado, parece concentrado en un suceso ajeno a la fotografía, el adulto busca la mirada del niño y se pone la sonrisa que seguro el niño después de la foto también tuvo pintada en la carita. Le relata a modo de cuento que cada martes y sábado a las dos de la tarde alimenta palomas en un parque, y niños como él se acercan a jugar, correr y caminar entre las tropas de palomas, seguro también él correría entre las palomas si se encontrase en un parque... Marco Antonio adulto alimentándolas. Le habla del camión que el pequeño quiere manejar cuando crezca, uno como el que papá le dio en diciembre, y le cuenta con lástima que cincuenta años después no habrá podido ponerse frente a un volante por temor a que en algún descuido salga alguien lastimado o caiga al piso una piedra del volquete; le sonrío con ternura. Le pide que le recuerde el tiempo en que nunca estaba solo, en que estaban los padres, los hermanos y los juegos, la calle, los dulces, la familia reunida, le pide un abrazo porque hoy se siente solo, sin vino y galletas, sin papá y mamá, sin los juegos con los hermanos, sin navidades calurosas, sin las canciones infantiles que cantaba mamá; el niño lo abraza y le besa la frente.

Marco Antonio mira las dos fotografías, y se pregunta a sí mismo si el joven y el niño quieren ser el adulto que él es hoy; guarda las fotografías de nuevo en la cajita...

Del niño le quedó la mirada y la inocencia; del joven le quedó el cabello, y la postura.

En las fotos falta un Marco Antonio: el esposo. Me atreví a pedirle que con su leguaje me lo presentara; al principio resultó cortante, fueron necesarios cuatro cafés y cinco tardes para que me hablara de él con las pupilas tranquilas. Marco Antonio el esposo era feliz, estaba enamorado de una mujer morena, bajita, de cabello largo y negro. La conoció haciendo labor social en un instituto de invidentes, lugar donde ella alfabetizaba; era bella y buena; sonríe un poco, contra su voluntad porque de ese amor hay una acumulación de indignación fermentada con los años, pero sus ojos no mienten, respiran el recuerdo, se arrullan con la memoria de unos tiempos felices. Ella fue su primera y única novia, y fueron novios seis años hasta que él le propuso matrimonio y del matrimonio nació Oscar Jair, y de Oscar Jair vino después de once años la enfermedad y la enfermedad se llevó a la mujer, al dinero, al pequeño Oscar, y a un pedacito derecho de su costado. Hoy le ha devuelto una parte del hijo y le ha cerrado un poco la herida; la mujer es otro asunto. Ella se fue del lado del esposo sin razón conocida y dejó dolor, rabia y abandono. Marco Antonio se transforma, empieza a llamear una hoguera que siempre arde en silencio, manotea, sube la voz, el guerrero asoma la cabeza con timidez y poco a poco se posesiona de su cuerpo; la mesa del café donde nos encontramos sufre su ira siendo palmoteada, el café que se tomaba hace unos minutos es despreciado, las palabras le salen con una fluidez desconocida para mí hasta ahora; el guerrero denuncia que la villana dio las primeras señales de desamor cuando el esposo perdió su anterior trabajo, y se marchó definitivamente cuando la enfermedad llegaba a su puerta, se llevó al niño, y por mucho tiempo su tranquilidad. Con la enfermedad y la soledad en su puerta, el esposo se preguntaba cómo la mujer bella pudo convertirse en malvada: “Ella me dejó cuando más la necesitaba”.

Después de la denuncia, queda sentado a mi frente un Marco Antonio triste pero con un aire tranquilo; acaba de poner sobre la mesa palabras que llevaba callándose mucho tiempo.

—Sí, todavía tengo rabia con ella —dice, avergonzado—, y es ella la que debería buscarme a mí, ella fue la que se portó mal, ella me dejó.

Ya no hay un guerrero enojado sino un niño poniendo a la maestra la queja de una agresión que le propició su amiguito.

—Me humillaba, por el dinero, por todo; ella iba a la casa, yo le hacía comida, y la despreciaba, no me saludaba, se quejaba de todo, todo lo hacía para que me sintiera mal —me lo dice con lágrimas en los ojos y con la voz a punto de fracturarse.

Al dolor de la humillación y la separación se le sumó la ausencia del niño; después de llevar once años jugando con él todos los días, ya no pudo volver a verlo en mucho tiempo, ni una sola vez, y la casa donde vivía el ahora Marco Antonio

solitario, era la misma donde había vivido el esposo enamorado, y las paredes para él aún conservaban la memoria de los tiempos felices, de los juegos del niño, del amor de los esposos, pero ya solo eran un recuerdo.

—Ella me dejó solo y se llevó al niño, cuando más los necesitaba —ahí está la herida abierta.

Con las dos ausencias llegó la enfermedad, un monstruo sin paciencia y sin piedad que se alimentó del dolor y la tristeza que había en su cuerpo, lo poseyó rápidamente; según él, la enfermedad llegó una tarde en la que aún era esposo: una avispa curiosa se introdujo en su boca y quedó suspendida en su garganta; a pesar de esfuerzos, toses provocadas, arcadas y vigorosos intentos por expulsarla, resistió aferrada a las paredes de la laringe por mucho tiempo.

—Seis meses después iba por la calle y me dio una cosa aquí —se agarra con el índice y el pulgar la tráquea— y escupí sangre. Esto no es normal, pensaba yo.

Tres días después volvió a escupir sangre abundantemente, y fue internado en el hospital, donde por la baja de sus defensas le “picó” tuberculosis. Debía ser sometido a un tratamiento de seis meses para curarse, pero debido a su situación emocional que lo debilitaba debieron hacer cuatro tratamientos de seis meses seguidos; enfatiza en la palabra “cuatro”, me muestra el dedo índice, medio, anular y meñique de su mano izquierda y abre los ojos notablemente. Terminaba el uno y empezaba el otro, terminaba uno y empezaba el otro, cada uno más fuerte. Padeció la enfermedad dolorosamente durante dos años en su pulmón derecho, hasta que los médicos, sin ver resultados, optaron por extraerle medio pulmón, que estaba ya carcomido, en un intento por curarlo finalmente. Luego de la cirugía vino a vivir dos meses a Envigado, para recuperarse en casa de su hermano mayor, pues en Bucaramanga no tenía quién le cuidara; pasados dos meses se devolvió; la soledad, la tristeza y su situación económica, lo obligaron a volver a la casa de su hermano. La recuperación fue lenta pero aparentemente segura; empezó a trabajar vendiendo una conocida línea de productos, que tiene desde maquillaje hasta energizantes, entre ellos los sobrecitos, y en cuanto pudo se fue a vivir solo en una pensión en Prado Centro.

En el 2010, cuatro años después de que conoció al monstruo y dos años después de que pensó que ya se había librado de él, escupió sangre de nuevo; había restos de hongo en sus pulmones, y debieron hacer un nuevo procedimiento. Recuerda la fecha: 10 de abril del 2011; le abrieron el pulmón de nuevo, y estando en el hospital, el intenso monstruo otra vez atacó: la cirugía se le infectó y hubo que hacer una nueva abertura en el costado superior derecho para un drenaje; el 24 de mayo pasado, la fístula cumplió tres años de vida; solo puede cerrarse con una operación.

—El doctor dice que el pulmón es una cavidad; si usted me quita un pedazo en la cavidad queda un hueco, entonces ese hueco hay que taponarlo, y eso es lo que no

han hecho; para tapármelo tienen que quitarme un músculo y metérmelo ahí, el más cercano es este de acá —se señala la parte externa de la axila con fuerza—, tienen que movérmelo y pegármelo aquí —baja la mano presionando desde la axila hasta el lugar en que está la fistula.

No ha querido hacer aún la solicitud de la operación.

—Yo me siento bien así —me dice con clama, yo estoy bien, no quiero complicar las cosas.

Nunca en su vida quiere volver a estar enfermo; además, por ser trabajador independiente no tiene incapacidad paga, y no tendría ningún sustento para sobrevivir durante la recuperación.

Debe asistir a curaciones todos los domingos en la mañana, no duele si no está infectado, y el enfermero es delicado; hoy, por ejemplo, viene de una curación en la que un enfermero muy brusco lo lastimó, y todavía le está doliendo, me cuenta, y se acaricia bajo la axila izquierda, en un gesto de autoconsuelo.

A Oscar Jair lo dejé para el final. Quise primero contar la vida de Marco Antonio con unos pocos tintes de la presencia de su hijo para luego mostrarlo como contundencia del ahora. Hoy, en Oscar Jair están el presente y el futuro. Si bien la separación con la esposa le da un antes en calma y un después doloroso a su vida, la presencia del joven Oscar es lo que le da a su dolor una esperanza de cambio, de transformación, y lo más importante, un amor recíproco.

Fue Oscar la primera persona de la que él me habló, me mostró una foto del niño, de seis años, en su primera comunión, que guarda en su celular, sentado en una mesa junto a un cáliz dorado.

Cuatro tardes después, cuando compartió conmigo las fotos de su niñez y su juventud, sacó de su billetera una foto muy pequeña, de 3 x 3 cms., en la que se ve a Oscar Jair de diez años; la foto la había cortado de un carnet que la exesposa había olvidado en su partida, y desde ese día la guarda entre sus papeles como un amuleto.

La historia del reencuentro de padre e hijo sucede en los días en que Marco Antonio estaba internado en el hospital en Medellín, después de que la enfermedad lo derribó por segunda vez. En su habitación, en cama, enfermo, sin poder moverse ni hablar, llegó la visita inesperada de su hijo; hacía cuatro años que no sabían nada el uno del otro. Lo miró desde la puerta; el padre estaba entubado y muy débil. Se sonrieron y lloraron en silencio. No pudieron abrazarse ni decirse todas las palabras desesperadas que tenían en la mente, pero tantos recuerdos reviviendo y la identificación de sus propios rasgos en el rostro del otro fueron suficientes para que el padre volviera a tener un hijo y el hijo volviera a tener un padre.

Después de esta visita, se acercaron. Un año después, en un cuaderno de Marco Antonio, Oscar le escribe una carta; él conserva el cuaderno, y me lee con timidez y emoción:

“Padre, te doy gracias por darme la vida y porque siempre vives pensando en mí. Porque me tienes en cuenta en tus oraciones y me escuchas cuando te hablo. Quiero que sepas que puedes contar conmigo de ahora en adelante. Pienso terminar mi carrera con las mejores notas pero últimamente no he rendido como he querido porque a veces me hace falta una palabra de motivación. Quiero montar una concesionaria de autos, ser una persona exitosa, sobresaliente y más que todo humilde, saber querer a los demás, saber la realidad. Aunque lo único que yo le pido a Dios es felicidad, porque eso es lo más importante para cualquier ser humano. Después de terminar mi carrera y montar mi empresa me gustaría invertir en fincas raíces, tener casa y propiedades para vender y arrendar. Aunque papi —dice “papi” y no puede ocultar una sonrisa—, tú sabes cuál es mi sueño principal; ser cantante, hacer música que le guste a los jóvenes y que cada letra tenga una enseñanza. Por último quiero vivir en una casa grande, con jardín y zona verde grande, con una esposa e hijos que hereden mi destreza y que cuando muera, mis órganos sanos puedan ayudar a otras personas, y con mis cenizas hacer parte de un coral en el mar. Bueno Papi, ya me conoces, ya sabes qué pienso y quiero, y ya sabes que puedes contar conmigo para que nos tengamos más confianza y aprovechemos el resto de nuestra vida. Atentamente: Tu hijo Oscar. Sábado 19 de noviembre de 2011”.

A pesar de que Oscar aún vive en Bucaramanga, se mantienen en contacto; diariamente se llaman y se escriben; él le enseñó al padre a manejar WhatsApp para facilitarse la comunicación. Su compartir está lleno de presente, de proyección al futuro y de amor. Marco Antonio no está solo. La semana pasada Oscar le escribió un mensaje por el WhatsApp que Marco Antonio me lee con orgullo: “Oye papi, te digo una cosa, yo quiero tener un buen trabajo en donde gane muy bien, para podérmelo llevar a conocer el mundo. Para que usted no tenga que seguir trabajando y pueda disfrutar conmigo esta vida”.

La semana entrante Marco Antonio viaja a Bucaramanga a visitar a Oscar, me lo cuenta con la emoción del niño que se va de paseo.

Constantemente me pregunto con qué sueñan las personas que veo caminando por la calle, el niño, la señora, el papá, el muchacho, usted, él; y usualmente me encuentro un verbo con apellido “tener un...”, “viajar a...”, “ganar un...”. Pero cuando le pregunté a Marco Antonio con qué soñaba me regaló un verbo solito, sin prólogo ni prefacio, AMAR; guardo en la maleta las barreras religiosas y moralistas y entiendo su amar como la única alternativa de pacificación de su ser, como medicina, herramienta perfecta de aliviarse y perdonar sus tristezas y llegar a su cielo.

Oscuridad hay en todas partes, en cada ser, en cada recuerdo, pero en los mismo hay luces con el poder para hacer brillar unos ojos, que iluminen otros y otros y otros y llenar el planeta de ojos iluminados y observadores.

Es fácil: la fórmula para encontrar la belleza es estar alerta a todas las cosas sutiles que ahora mismo están sucediendo; en la realidad está la magia. No nos acomodemos para esperar la belleza en el sofá, hay que salir a buscarla, en las caras de los niños, en la lluvia, en los cuentos de la abuela, en la voz de los pregoneros, en la señora que vende aguacates, en el malabarista del semáforo, en el señor que alimenta las palomas.

Deje su televisor, su Smartphone, su cama o su escritorio, mire hacia el frente y salga a la calle a mirar la vida suceder. ¿Se aburre? ¿Quiere que pase algo interesante? Elija cualquier rostro al azar, y no podrá creer lo que encuentra si se atreve a saludar a ese desconocido, o a preguntarle a su vecino por su infancia.

Libérese de los cables y prejuicios, la vida no es aburrida, nosotros tenemos la misión de exprimirla, de olerla, de verla, tocarla y escucharla. Deje el miedo al qué dirán, porque su vida es solo suya, y salga a la calle, sorpréndase, atrévase a hacer algo que le dé pena, algo de lo que no se crea capaz, encuentre una historia en los lugares o los ojos menos esperados. O al menos haga que la historia de su vida sea justo la que quiere contar.